

entre los Estados contratantes, mientras al mismo tiempo concedía la importación libre de todos los productos indígenas naturales, de la industria ó del arte, á excepción tan sólo de algunos raros artículos, que en parte pertenecían á la categoría de los que más tarde comprendió el gran *Zollverein*, entre los que debían pagar derechos de compensación.

»Gracias á ese tratado, diez y ocho millones de hombres se encontraron unidos en una liga que les daba la libertad comercial; además, había abierto á los países del interior de Alemania meridional el acceso á los puertos de mar prusianos, mientras que Prusia encontraba sus comunicaciones aseguradas con todos los países, hasta el pié de los Alpes.

»Todavía fué el primer efecto que produjo esta unión una reacción. El Hanover se unió á la Hesse electoral, á Brunswick y al ducado de Oldemburg, concluyendo con ellos el tratado de Einebeck, — 27 de Mayo de 1830, — por el cual se consagró una unión más estrecha entre esos Estados de la Asociación del Centro, que adoptaron un sistema aduanero común.

»En el extranjero viéronse desde un principio esas reuniones comerciales alemanas con disgusto. Polignac confesó que él había favorecido la Asociación del Centro, para impedir la grande Unión. Pero fué sobre todo Austria la que, con una actividad consecuente, había hecho abortar todos los esfuerzos. Hombres de Estado austriacos hubo que concibieron la idea de colocar á la misma Austria á la cabeza de esta agitación unitaria; pero á los ojos de Metternich era ya esto una idea revolucionaria, mientras que Berstett creía que, si se menospreciaban tales conjeturas, se evocaba pura y simplemente la revolución.»

Austria intervenía, pues, con la mayor resolución

para impedir esas uniones que creía revolucionarias, tanto como para impedir que Prusia resultara á la cabeza de esas grandes uniones comerciales, ó de esa grande unión comercial general alemana que había de acostumbrar á Alemania á la idea de la hegemonía de Prusia.

No puede, pues, decirse que Austria y Francia no conocieran desde luego á dónde iban encaminados los *zollvereins* alemanes: si á pesar de todo se pasó del *zollverein* del Norte al del Centro y al del Sud, para acabar con la fundación del *zollverein* general alemán; esto prueba cuán inútil es querer impedir la realización de los hechos lógicos, y cómo, mejor que dilatar la época de su realización, conviene á los que se creen amenazados por ellos prepararse desde el primer momento para hacerles frente. Si Austria hubiese tenido un ministro menos reaccionario que Metternich, un hombre de más alcances políticos que Metternich, este hombre hubiera, desde luego, procurado explotar los rencores del Centro y Sud de Alemania contra el Norte, para unirse con estos Estados de una manera franca y leal, áun cuando para ello hubiese sido necesario destruir la Confederación germánica y llegar á la formación de las dos Alemanias, la del Norte y la del Sud, á las que se llegó cuando la exclusión de Austria era ya un hecho. Y si Francia hubiese visto más claro, no se hubiera defendido con el débil parapeto de la Unión central Alemana, destinada á desaparecer, sin que hubiera ido á buscar, desde luego, resueltamente en Italia el amigo y el aliado destinado á tener sujeta Alemania, pasando por ello por encima de Austria. Cuando esta política se inaugura por Francia, veremos que se hace con tanta irresolución y temor, que Francia no saca de ella provecho alguno el día decisivo. Francia ya en 1859 fué sacrificada á los intereses napoleónicos.



## CAPITULO XXX

### SUIZA

Relaciones con el extranjero.—Movimiento de reacción en los cantones.—Estado político de Suiza.—Restauración de Suiza.

**S**I la acción invasora y preponderante de Metternich se hacía sentir despóticamente en Alemania, podían excusarse sus ingerencias por su cualidad de miembro de la Confederación germánica; pero estas ingerencias no tenían título alguno en Suiza. Que Austria se prevalió de la debilidad y desorganización de Suiza para ejercer por su cuenta la policía de la nación helvética es notorio, pero no lo es tanto, que esto se debió á que en Suiza, como en todas partes, el movimiento de reacción que se sintió á la caída de Napoleon, presentó los mismos caracteres y tendencias que en las demás naciones

De oposición al partido reaccionario y devoto imperante, no se veía en parte alguna el menor síntoma; todo obedecía á las autoridades constituídas y éstas cuidaron de que las elecciones no dieran cámaras bullangueras. El silencio, la quietud, el reposo, que tan querido era de Metternich, se había impuesto á Suiza sin violencia, pero si esta quietud nada la turbaba en el interior, del exterior recibió Suiza tan fuertes empujes que en poco estuvo que no los pudieran resistir sus inmensas montañas. En efecto, las grandes potencias reclamaron que expulsara de su seno á los bonapartistas que se habían refugiado en ella después de los Cien días, y que hi-

ciera que la prensa suiza, en particular, la del Tessino, fuera más comedida en su lenguaje. Pero no vaya ahora á creerse que Suiza tuviera un oasis liberal en ese Tessino. Cuando la revolución italiana estalla, las autoridades del Tessino, creyendo que la Confederación no sería bastante fuerte á protegerla de todo contacto con la revolución, llegaron á pedir á Austria que ocupase su frontera. Continuaban, pues, los suizos, como siempre, siendo liberales para sí hasta cierto punto, pero absolutistas para con todos los demás.

Sitio de refugio desde tiempo inmemorial Suiza, se comprende que tras de los bonapartistas que á ella se refugiaron después de los Cien días, fueran á ella los alemanes víctimas de la reacción anti-constitucional de Alemania y tras ellos los italianos, y también se comprende que en una y otra ocasión los gobiernos extranjeros reclamaran la expulsión de vecinos tan molestos para su tranquilidad.

El Consejo privado de Berna no podía hacer otra cosa que la que hacía al recibir las quejas ora de Francia, ora de Austria, ora de Cerdeña, esto es, no podía hacer más que encargar á las autoridades cantonales que procurasen que los refugiados guardaran la actitud más correcta, pero esto no bastaba á Metternich que llegó á amenazar á Suiza con la

ocupación,—31 de Marzo de 1823,—en lo que estaban conformes Prusia y Rusia, pero Francia, pretextando la guerra de España, se desentendió de lo que de ella se pedía á tal propósito.

Pudo en esta ocasión el partido reaccionario suizo á pretexto y con el apoyo de las reclamaciones de las potencias cuya influencia y acción era casi irresistible por los que deseaban á toda costa salvar la independencia y neutralidad de Suiza, que Metternich pudo jactarse de hacer de Suiza una provincia más del imperio austriaco por su docilidad y obediencia, tanto más cuanto que Austria conseguía ahora lo que Francia disfrutaba desde hacía ya mucho tiempo, esto es, el poder tener en Suiza funcionarios pagados propios para vigilar por su cuenta.

Fué el Cantón de Coira el primero que llamó la atención de la Confederación sobre los males que á Suiza causaba tal orden de cosas encaminado á alentar á dichos funcionarios á querer intervenir en el gobierno de Suiza. Estos hombres, siempre en contacto con lo más recalcitrante de Suiza, impulsaban naturalmente á los gobiernos extranjeros á una intervención en los asuntos interiores de la Confederación helvética que los patriotas suizos, ya no los liberales, habían de encontrarse siempre dispuestos á rechazar. De aquí que de tales comisionados ó funcionarios salieran informes para París, Berlín y Viena como más y mejor podían necesitar ó desear sus reaccionarios gobiernos. Éstos, pues, alarmados ó haciéndose los alarmados, acabaron por ser tan exigentes que Suiza temió por su libertad y seguridad interior, resolviendo, en su consecuencia su gobierno, imponer á los cantones poco menos que el silencio que reinaba á la sazón en toda la Europa continental en materia de asuntos políticos. Pero con esto no quedaron todavía satisfechas las grandes potencias de Europa, así tan pronto tuvieron pretexto para hacerse los exigentes con motivo de las conspiraciones de los niños alemanes y de las *Mannerbund*, etc., y en vista de la negativa de Suiza á expulsar á Snell, Follen y demás compañeros de emigración, tomando la delantera Metternich propúsose por él al ir á París en 1825, y fué aceptado por Francia y después por Turín, que se viese el medio de reforzar la autoridad central de Suiza para que sus mandatos fueran más imperativos de lo que lo eran en los cantones. Metternich llegó á reclamar en este sentido la cooperación de la Confederación germánica.

¿Pero qué sucedió? Que á medida que el gobierno central suizo por temor, por deferencia, ó por simpatía por las grandes potencias, procuraba compla-

cerlas amonestando severamente á los gobiernos cantonales, estos gobiernos, cada vez más exaltados contra el gobierno central, acabaron por hacerle comprender que no estaban dispuestos á sufrir por más tiempo su inmixción en los negocios cantonales. Vaud, Argovia, Ginebra y Basilea manifestaron más de una vez al gobierno de Berna ora á propósito de la prensa, ora á propósito de los refugiados, que no podían ni hacer callar á la primera ni expulsar á los segundos, porque las leyes cantonales protegían la libertad de imprenta y declaraban sagrado el derecho de asilo. Esta actitud resuelta de los cantones, reflujo sobre las grandes potencias las cuales, mediante un cambio general de embajadores, entablaron con Suiza relaciones más amistosas.

La reacción en Suiza tenía por núcleo á los cuatro cantones aristocráticos por excelencia. Berna no pudo, sin embargo, recobrar su antiguo esplendor y posición preeminente, y en la misma ciudad tuvo que aceptarse los hechos consumados; sin embargo, los aristócratas resolvieron indemnizarse en la campaña, y al efecto principiaron por no conceder al campo más que cuarenta y tres puestos en el Gran Consejo del Cantón, cuando el Gran Consejo contaba la friolera de doscientos ochenta y nueve puestos, pero gracias á Kapodistrias se cortó el conflicto, y se concedió á la campaña el tercio de la representación total, es decir, noventa puestos. De los doscientos puestos urbanos, las dos terceras partes se atribuyen «á los burgueses capaces de gobernar,» es decir, á las antiguas familias patricias, de las cuales tenían derecho de representación ochenta de ellas, y como las había muy numerosas, éstas llegaron á estar representadas hasta por doce miembros. Abolióse la antigua administración municipal expulsándose á los burgueses incapaces de saber gobernar, es decir, á los gremios industriales, y se creó un gobierno municipal compuesto de treinta y cuatro miembros, de los cuales diez y siete eran nombrados por los doscientos miembros urbanos del Gran Consejo, de modo que Berna vino de nuevo á parar en manos de la aristocracia del Cantón, que gobernaba con la insolencia propia de esta clase cuando cree que nadie puede resistirle.

Pero aún aventajó á Berna el no menos aristocrático y reaccionario Cantón de Friburg. En Friburg se abolió la Constitución liberal con el auxilio de las bayonetas extranjeras en 1814, por más que todo el mundo reconociera que nunca jamás gozó Friburg de más buen gobierno ni de mayor progreso material que durante dicha época, ahora se sometía al Cantón á las grandes familias que se defi-

nían diciendo que eran las que gozaban del derecho de ciudadanía en el Cantón desde á lo menos hacía cien años y poseían una fortuna de cincuenta mil francos. Estos se adjudicaron las tres cuartas partes, —112,—de los puestos del Gran Consejo del Cantón, no dejando al campo más que una cuarta parte de la representación total, es decir, treinta y seis puestos. Lo bueno es que trabajaron con empeño en favor de esta restauración aristocrática los hombres liberales como Montenach, pero estos lo hicieron para oponerse al restablecimiento del gobierno del Papa, de los curas y de los jesuitas, pero fueron arrollados, y los mismos á quienes quisieron cerrar su advenimiento pudieron agradecerles lo que habían hecho para su restauración.

La Constitución de Soleure descansaba igualmente sobre la base de una burguesía privilegiada. Trescientos burgueses de la ciudad que no contribuían más que por un décimo en las cargas del Estado, tenían sesenta y ocho puestos en el Gran Consejo, mientras que el campo, cuya población era veinte veces más numerosa que la de la ciudad y que pagaba por nueve décimos las cargas del Estado, tenía solo treinta y tres consejeros.

El mismo estado de cosas reinaba en Lucerna, en donde trescientos burgueses con derecho electoral elegían tantos diputados como los diez mil electores rurales del Cantón. La elección del Gran Consejo, compuesto de cien miembros vitalicios, pertenecía por mitad á la ciudad y al campo; pero de los cincuenta consejeros urbanos, cuarenta los nombraba el mismo Consejo que además elegía veintiocho consejeros rurales. El pequeño Consejo elegía por sí mismo, del Gran Consejo, sus treinta y seis consejeros, de los cuales solo diez *debían* ser rurales. Este pequeño Consejo era el gobierno en toda la extensión de la palabra, pues disponía en lo ejecutivo, lo administrativo, lo judicial. En fin, tal sería esta Constitución, que el embajador de Austria, Schrant, declaró que le transportaba á un siglo atrás.

No pasaron en Zurich las cosas como hubieran deseado los patricios de Berna que trabajaron cuanto pudieron para lograr la restauración del antiguo Consejo de los Doscientos; pues los liberales, firmemente dirigidos por Hottinger, consiguieron llegar á un término medio entre la dicha restauración que pedían los reaccionarios zuriqueses, y la conservación del sistema representativo que había impuesto la Acta de mediación.

Si con esto quedó vencido el partido reaccionario, el partido liberal no quedó tampoco vencedor, y de

hecho se entregó el gobierno del Cantón á una oligarquía, pues aún cuando los miembros elegidos para formar el Gran Consejo, de los cuales cincuenta y dos habían de pertenecer á los gremios industriales y trece á las jurandas urbanas sobre ciento doce miembros de que constaba el Gran Consejo, habían de ser temporales, luégo se encontró medio de declararlos vitalicios por medio de una ley posterior, «que suponía su confirmación efectuada si no se había declarado lo contrario por la Asamblea plena de todos los miembros de la corporación.» Los otros ciento treinta miembros los elegía el mismo Gran Consejo. El Gran Consejo, en fin, se abrogó el derecho de completarse por sí mismo lo que hacía cuando las vacantes eran cinco, adjudicándose una á los rurales. En Zurich, pues, quedaba planteada la lucha como en los demás cantones de la Confederación entre urbanos y rurales, pues fácilmente se comprende que los zuriqueses del lago, que durante diez y seis años habían tenido parte principal en el gobierno del Cantón, no debían ahora resignarse á verse tratados como parias en su patria, después de haber sido señores.

Para Basilea el estado político era el mismo que en Zurich.

En Schaffhouse la influencia estaba en manos de las corporaciones gremiales, de las que había doce en la ciudad y doce en el campo, pero que al revés de lo que sucedía en otras partes, aquí no elegían más que el Pequeño Consejo. Pero la desigualdad entre el campo y la ciudad desaparecía cuando se trataba del Gran Consejo, pues las jurandas urbanas le daban cada una cuatro miembros, mientras las rurales le daban sólo dos. Fácil es de imaginar á cuántas querellas no había de dar lugar esta desproporción.

«Esos diversos grupos de cantones aristocráticos, estaban rodeados y hasta separados unos de otros por formas políticas muy variadas que revestía la democracia pura en los cantones primitivos, cerrados á todas las influencias de la época; por todas partes tocaban al territorio de sus pequeños vecinos, que habían recibido ya un cierto barniz de las artes civilizadoras de la industria. Sufrían la influencia de los cantones situados en la frontera, es decir, de los Grisones y del Valais, quienes, con los restos de sus instituciones de la Edad media, mantenían el término medio entre las democracias puras y las constituciones representativas, tales como se encuentran en los cantones nuevos del Tessino, de Ginebra, de Vaud, de Argovia, de Thurgovia y de San Gallo. Estos últimos conservaron de la manera más pura, y fueron los primeros en fecundar, el germen de las